



EL ORDEN IMPLICADO por Claudio Landete Anaya

I

Era un gélido atardecer de noviembre. Françoise Balmain se resguardaba de las frías corrientes de aire levantando las solapas del raído abrigo gris y acelerando el paso en un intento de compensar la pérdida de calor entre las descosidas costuras de sus ropas. Era uno más de tantos artistas que malvivían con sus caballetes y lienzos intentando destacar en la *Place du Tertre*, en Montmartre, un arrabal atestado de bohemios en las afueras de París.

Regresaba a su estudio cargando los bártulos propios del oficio de pintor, o mejor dicho de retratista. Pues perfilar rostros era la única faceta que le procuraba ingresos con regularidad. El panorama era desalentador. Pocos encargos remunerados después de salir de la Facultad de Bellas Artes: un bodegón con destino a un restaurante próximo, un par de calendarios y la portada de un disco larga duración sin demasiada difusión.

El desánimo le calaba hasta los huesos, mucho más que cualquier inclemencia atmosférica, cuando sus pies pasaban por delante de la *Basilique du Sacré-Coeur*. La primera vez que miró la cúpula blanca, imaginó que era un presagio de la nueva vida por venir. Ahora, sin embargo, ya no sabía qué pensar. Sus días no se diferenciaban en nada a los de Pablo Picasso o Amadeo Modigliani, empobrecidos, subsistiendo décadas atrás en un edificio próximo llamado *Le Bateau-Lavoir*.

No se sintió confortado de pensar que, a pesar de las barreras del tiempo, en verdad pertenecía a aquella insigne comunidad de artistas, y que su existencia actual era pareja a la de los antiguos moradores, hoy inmortales, del *Moulin Rouge* o *Le Chat Noir*.

Continuó con su deambular: un par de saludos a conocidos, pausa obligada para comprar un bocadillo y una botella de vino barato, una mirada furtiva en el quiosco de Pierre a la prensa del día... cuando ya divisó las ventanas del viejo altillo de alquiler donde malvivía. A pesar de la pobreza y escasez de medios, era su *Sancta sanctorum*, su reino particular, el lugar donde creaba.

Françoise descorchó la botella de vino y se sirvió un vaso generoso. Aquella noche concluiría su último cuadro, una obra destacada, aunque experimental. Donde depositó toda la pasión que antes dedicara a su musa, su añorada Ninette.



*Mer des opales*¹ era un lienzo sobrecogedor, un magnífico busto de mujer; sólo que no situado en el centro del pictograma, como es normal, sino desplazado a la izquierda. Un haz de luz ascendente le iluminaba el rostro dotando a la fémina de una intrigante expresión de felicidad. Mientras que a la diestra de la tela había dibujado un entorno más sombrío y desolador, casi grotesco. Márgenes difuminados en la escena. Invertidas las direcciones habituales del plano, jugando con el alfabeto visual; consciente también de su simbolismo ideológico ancestral, disponiendo los temas figurales en una ubicación distinta a la que dictaban las costumbres.

Françoise preparó las pinturas por última vez y se dispuso con los retoques finales en tan magna obra.

II

El ruido de golpes en la puerta, le despertó del sopor en el que cayera después del exhausto acto creador. A través de la madera, escuchó la voz nerviosa de la casera.

-¡Monsieur Balmain! ¡Monsieur Balmain! ¡Preguntan por usted!

Adecantado a penas, peinándose con las manos, recogiendo en el pantalón los faldones de la camisa, Françoise abrió la puerta. Delante de su desaliñada figura estaba la casera, junto con otra mujer desconocida, aunque vestida con suma elegancia; traje chaqueta rosa y blusa de seda blanca, que extendió una tarjeta de visita a modo de presentación.

Valerie Lafayette
Art Nouveau
Rue de la Coudreaie, 32
Poissy - France

¡Una marchante de arte! ¡Por fin! Cuando ya había perdido toda esperanza de labrarse un nombre propio en Montmartre, la fortuna venía a su encuentro.

-Pase, pase... por favor -invitó el artista, mientras adecentaba un poco el lugar.

Valerie fijó su mirada experta en los desordenados lienzos que se apoyaban en las destartalladas paredes del altillo y los fue escrutando uno a uno. Eran pinturas barnizadas de polvo, miseria y olvido. Por sus manos y

¹Mar de los ópalos, en castellano.



ojos fueron pasando en orden riguroso todas las telas y láminas de Balmain: acuarelas, motivos marinos, desnudos, bodegones, algún autorretrato; paisajes emblemáticos como Montparnasse, Notre Dame, Tour Eiffel...

-A la vista de su obra, es usted un pintor polifacético. Aprecio trazo múltiple, magnífica sensación de volumen, auténtica belleza plástica... pero - ensombreció el semblante en un gesto calculado-, en lo mostrado hasta ahora, no distingo rasgo alguno de lo que he venido a buscar.

Silencio en la estancia. Mutua sensación de desencanto, tanto en la marchante como en el novel talento.

-¿Qué pensó encontrar en mi humilde estudio? -preguntó Françoise.

-Me dedico a inversiones y restauraciones artísticas. Busco algún lienzo experimental, lejos de estereotipos, quizá trasgresor de las leyes pictóricas establecidas. En otras palabras: savia nueva.

-Siento la oportunidad perdida -dijo con sinceridad Balmain-, pero ya le he mostrado todo... excepto, quizás... es mi último trabajo, recién concluido hace escasas horas.

En el centro de la estancia, envuelta junto con el caballete que la sostenía, estaba *Mer des opales*. La descubrió y algo en el interior de Valerie pareció agitarse.

-*C'est si bon*. Este me interesa. Buscaba algo así. Creo que al final podremos hacer tratos -dijo casi en un susurro, con un brillo inusual en la mirada, mientras paseaba las yemas de sus dedos por la tela-. Pienso que *Art Nouveau*, la gente que represento, estará interesada en adquirirla e incorporarla a su fondo privado de arte... ¿le ha puesto título?

- *Mer des opales*, así se llama.

-El título no tiene relación con el contenido, ¿verdad? -preguntó la mujer, como si tal condición confirmara su estimación artística.

III

Una extraña mezcla de desasosiego y tristeza incomodaba a Valerie Lafayette, mientras le ofrecía los cuarenta mil francos al joven pintor.

-Verá que, según el contrato, cuando lo firme, además de la venta del cuadro, también cede todos los derechos reproducción e imagen en cualquier tipo de soporte.

-¿Qué destino tendrá el lienzo?

-Pasará a formar parte de una colección de arte contemporáneo -la tristeza aumentó en la marchante, aunque no era perceptible.

El trato se cerró y la propiedad cambió de manos.



IV

El *bateau mouche*² navegaba por las tranquilas aguas del río *Seine*, y Valerie saboreaba el aroma de su cigarrillo marca *Gitanes*. Aquellos paseos en barco eran como exorcismos de sus fantasmas interiores. Los necesitaba cada vez que adquiría un cuadro o una escultura, sacándolo del circuito comercial y ocultándolo a los ojos de la gente. Su labor consistía en todo lo contrario de lo que cabía esperarse de ella, dándole la molesta sensación de no respetar principios éticos. A su manera, Valerie actuaba para preservar el orden y la belleza de las cosas; pero a pesar de tan benigna conclusión no dejaba de sentirse sucia e indigna.

En cada generación aparecían mentes privilegiadas, que por breves y fugaces instantes podían vislumbrar otras perspectivas. Eran genios capaces de crear arte sin ceñirse a las normas establecidas. Eran mentes que se alejaban del acto creador tal y como lo conocemos, como un hecho pasional aunque calculado, como un orden implicado.

Así, cada pocos años, surge algún pintor o escultor que se aleja de la "Ley del Marco" o la "Ley del Esquema Geométrico", ambas enunciadas por Focillon. O bien un arquitecto que decide no emplear la geometría euclidiana en sus diseños. En resumen, renunciando a la lógica geométrica intrínseca que habrían de tener estas obras. Ahondando más en esa tendencia, durante siglos multitud de profesores incluso han enseñado y defendido que las figuras pintadas o talladas tenían que guardar cierta disposición o simetría; sin importar incluso que este forzamiento geométrico pudiera distorsionar en parte la reproducción de animales, personas o cosas representadas.

En resumen, el arte está sometido en mayor o menor medida a una serie de normas. Son las *leyes figurativas: la geometría, el centro, el equilibrio, el ritmo, el orden de visualización o lectura, la representatividad del título...* Estas leyes ordenan los temas en el plano, en el espacio y en el tiempo. Y son una plasmación o proyección artística, el reflejo iconográfico del conjunto de reglas o pautas regulares que rigen nuestro propio plano existencial.

Art Nouveau no es un centro cultural en sí; es un observatorio de los posibles riesgos que pueden hacer temblar tanto el rumbo como los cimientos de nuestra realidad. Con Valerie a la cabeza, se ocultan y se descatalogan todas aquellas obras que, sin seguir estos patrones estéticos, pueden convertirse en obras de culto. Porque lo que entendemos como realidad no es más que una tendencia consolidada: un agregado o envoltente de situaciones acordes con el conjunto de reglas que explican nuestro mundo. Y las

²Bateau mouche: barco ómnibus generalmente lleno de turistas que circula por las aguas del río Sena (Seine).



posibilidades alternativas son sólo tendencias marginales, minoritarias, sin suficiente peso para cambiar la orientación general.

Excepto cuando un elemento trasgresor deviene obra maestra y se le concede notoriedad, la mayor forma de representatividad; porque entonces puede ser: reconocido e imitado, provocando un cambio en la tendencia general. La mayoría de personas siempre considerará de manera innata que la pintura, la escultura y demás disciplinas vinculadas son instrumentos clave del conocimiento de la realidad y también su reflejo; incluso cuando, paradójicamente, hayan dejado de representarla. Las fronteras hacia nuevos planos de existencia siempre están abiertas, esperando que alguien repare en cómo dirigirse a ellas.

El peligro era enorme: antipresente, retrofuturo, bolsas de no causalidad y otras situaciones complejas e incompatibles que ni llegamos a imaginar y que, a falta de un calificativo mejor, agrupamos bajo el término amplio de no-realidad.

Las volutas de humo procedentes del cigarro fueron disgregándose en el aire saturado de humedad. De fondo se escuchaban los ruidos típicos en una gran ciudad. El *bateau mouche* llegaba al embarcadero. Valerie asintió, mientras apagaba la colilla de su cigarro. Todo acontecía como debía ser. A pesar de los remordimientos y del sacrificio cultural cometido para evitar la difusión de nuevas formas de percepción, ese era el mejor final de cuento.

Autor: Claudio Landete Anaya; Mataró, España.

Relato inédito. Hyperespacio. Libro Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.
